EL TEATRO.

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

TRES ERAN TRES...

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1889.

TRES ERAN TRES...

[349:147

TRES ERAN TRES...

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA.

Estrenado en el Teatro de LARA el 20 de Mayo de 1889.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ,
Atocha, 100, principal.

1889.

PERSONAJES.		ACTORES.
BÁRBARA	Sra.	Valverde.
ANTONIA		Rodríguez.
ROSALÍA		Blanco.
CONCHA		Cruz.
PILAR		Las Heras.
SINFOROSO	Sres.	Rossell.
LEANDRO		Vallarino.
VENTURA		Rubio.
CASIMIRO		Arana.
JOAQUÍN		Tojedo.
PEPE		Romero.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

La escena representa el despacho de una gran fábrica de cerillas. Á la derecha un escritorio con grandes libros. Á la izquierda un mostrador. Fardos por todas partes. Puertas laterales y al foro. Sillas.

ESCENA PRIMERA.

JOAQUÍN y PEPE.

Joaquín lee en un periódico. Pepe prepara y dispone sobre el mostrador algunos paquetes.

JOAQUIN. No te duermas, Pepe, no te duermas, que nos queda aun muchísimo que hacer.

PEPE. Pues haga usted el favor de echar aquí una mano.

JOAQUIN. Imposible: tengo ocupadas las dos.

PEPE. Pues yo sólo no puedo hacer milagros.

JOAQUIN. No, lo que es milagros tampoco los harías aunque yo te ayudase.

PEPE. Es verdad; pero si cada uno cumpliera con su deber...

JOAQUIN. ¿Qué dices, desvengonzado? ¿Vas tú por ventura á enseñarme?...

PEPE. No, no señor.

JOAQUIN. Llevo cuarenta años en la fábrica de cerillas de don

Sinforoso Calleja... ¡Cuarenta años sin cesar de trabajar! Me parece que es hora de que descanse un poquito...

PEPE. Todo lo que usted quiera.

JOAQUIN. He asistido á la fundación de esta fábrica, cuyos productos sin rival dan hoy luz al mundo entero.

PEPE. ¿Al mundo entero? No tanto...

JOAQUIN. Bueno, á casi todo el mundo... á la mayor parte de la provincia de Madrid...

ESCENA II.

DICHOS y VENTURA.

VENT. Con permiso... ¿Tengo el honor de hablar á don Sinforoso Calleja?

JOAQUIN. No, señor...

VENT. ¡Ah! Pues usted dispense...

JOAQUIN. Don Sinforoso no está en casa...

VENT. ¡Cuánto lo siento!... Pero volveré, volveré... porque no quisiera molestar...

JOAQUIN. Si quiere usted dejarle algún recado...

VENT. No, no señor... Tengo que hablarle de un asunto...

JOAQUIN. (Este es un cliente.) Vamos, usted querrá cerillas.

VENT. ¿Cerillas? No, señor... tengo... Además, casi no las necesito porque apenas fumo...

JOAQUIN. No, no digo eso.

VENT. Es lo mismo... Haga usted el favor de entregarle esa tarjeta... Yo volveré... No quiero molestar... ¡Ah! ¿Á qué hora le encontraré solo? Porque yo, si está acompañado no me atreveré á hablarle.

JOAQUIN. (¡Qué tipo!) Pues á las once...

VENT. Corriente... dentro de media hora... no faltaré... Perdone usted si le he distraído de sus ocupaciones.

JOAQUIN. No, hombre, no....

VENT. Hasta luego...

ESCENA III.

JOAQUIN y PEPE, después LEANDRO.

JOAQUIN. «Ventura Rodriguez»... No le conozco.

PEPE. Ni yo. Pero, calle, ¿si será novio de alguna de las señoritas?

JOAQUIN. ¡Puede! Porque hoy vuelven las dos á casa: Pilar, de Aranjuez y Concha, del colegio...

PEPE. Y en esa cuenta falta una.

JOAQUIN. Sí, la mayor, Rosalía.

LEAND. Servidor de ustedes... ¿Don Sinforoso Calleja?

JOAQUIN. No está.

LEAND. ¿No está? ¡Cuánto lo siento! Porque necesitaba hablarle enseguida...

JOAQUIN. ¿De algún negocio?

LEAND. ¿Á usted qué le importa?

JOAQUIN. No, nada... pero si quiere usted cerillas...

LEAND. ¿Cerillas? Vengan; pero supongo que antes me dará usted un cigarro para utilizarlas...

JOAQUIN. No, no es eso...

LEAND. ¿Cómo que no es eso?

JOAQUIN. Le pregunto á usted si quiere algunas docenas de cajas de cerillas.

LEAND. ¿Yo? No me he establecido á la puerta de ningún café... Leandro Pelotón, capitán de caballería, de reemplazo... Ahí tiene usted mi tarjeta... Entréguesela usted á don Sinforoso.

JOAQUIN. Corriente.

LEAND. Que no se le olvide á usted.

JOAQUIN. Pierda usted cuidado.

LEAND. Es que si se le olvidara... Abur... (Se va.)

JOAQUIN. ¡Valiente torbellino!... Ahora falta saber cuándo volverá don Sinforoso.

PEPE. La verdad es que desde que ha regresado de Cuba no pára en la fábrica, mientras que antes no salía de ella.

JOAQUIN. Claro, me tiene á mí aquí y dice: anda, que trabaje Joaquín, (Se sienta.) que trabaje y reviente.

PEPE. (Sí, de gordo.)

ESCENA IV.

DICHOS y SINFOROSO.

SINF. (Dentro.) No le doy á usted ni un céntimo más...

JOAQUIN. Ahí está, ahí está... Al trabajo, Pepe, al trabajo. (Se pone á ayudarle.)

SINF. (En el foro.) ¿Y todavía se atreve usted á pedirme propina? ¡Vaya usted al demonio! ¡Una carrera de cuatro pasos!... ¡Desde Chamberí á la Puerta de Toledo!... ¡Insolente!... ¿Qeé dice usted? ¡Ah! Nada... No replica y hace bien... (Adelanta.) No se debe dar propinas á esos cafres de cocheros... lo he dicho siempre.

JOAQUIN. (Trabajando.) Mil gruesas á Toledo... quinientas á Guadalajara...

SINF. ¡Qué trabajador! Descansa, hombre, descansa: te fatigas demasiado...

JOAQUIN. (Limpiándose el sudor.) Lo que es hoy no he parado.

PEPE. Ni yo.

SINF. Perfectamente, así me gusta. Anda, Pepe, vete á almorzar y que te den todo el pan que quieras. Es preciso recompensar tus afanes...

PEPE. Está muy bien. (Vase.)

ESCENA V.

SINFOROSO y JOAQUÍN.

SINF. ¿Ha venido alguien á preguntar por mí?

JOAQUIN. Sí, señor; dos caballeros. Tome usted sus tarjetas.

SINF. «Ventura Rodríguez»... no le conozco... «Leandro Pelotón»... tampoco. ¿No digeron lo que querían?

JOAQUIN. No, señor; al parecer les contrarió mucho que usted no estuviera aquí y los dos prometieron volver. La

verdad es, don Sinforoso, que desde que ha vuelto usted de Cuba, tiene usted completamente abandonada la fábrica, y que si no fuera por mí...

SINF. Sí, Joaquín, ya lo sé, y te lo agradezco; pero, ¡ay! si tú supieras...

JOAQUIN. ¿Qué?

SINF. Nada, nada... Pero, sí, señor; voy á tener confianza contigo... Tú no me harás traición. . Me has visto nacer...

JOAQUIN. Visto precisamente, no...

SINF. Bueno; pero casi, casi... Quiero probar tu discreción.

JOAQUIN. Pruébeme usted lo que guste.

SINF. Sabes que hace cuatro meses volví á la Habana, donde había pasado parte de mi juventud, á fundar una fábrica por el estilo de esta...

JOAQUIN. Sí, señor, y por cierto que me ha sorprendido siempre que haya usted vuelto á Madrid sin dejarla funcionando...

SINF. Pues ahora lo comprenderás. Un día iba yo de la Habana á Cienfuegos en un vapor de cabotaje. En la toldilla frente á mí, iba una hermosísima criolla, á quien yo miraba de hito en hito. ¡Y de qué manera!... Así... Ya sabes que soy de un temperamento de fuego...

JOAQUIN. ¿Á los cincuenta años?

SINF. ¡Silencio!... Para las mujeres, cuarenta... Pues bien, sin poderme contener y casi sin darme cuenta de ello, me acerqué á la viajera y la dije: «¡remonísima!....» cuando de repente... ¡plón!

JOAQUIN. ¿Le pegó á usted una bofetada?

SINF. Peor que eso, Joaquín.

JOAQUIN. Vamos, dos bofetadas.

SINF. No, hombre, no.

JOAQUIN. Pues, ¿qué fué?

SINF. Que estalló la caldera del vapor y caímos todos al agua.

JOAQUIN. ¡Dios mío! ¿Y qué hizo usted?

SINF. Pues lo primero tomar un baño... después me así á

un madero y pude ganar la orilla, que por fortuna estaba cerca.

JOAQUIN. ¡Gracias á Dios! Temí que se hubiera usted ahogado...

SINF. Pero, hombre, si me hubiera ahogado, ¿cómo había de estar aquí?

JOAQUIN. Es verdad.

SINF. Pero escucha, que ahora entra lo mejor: no hice más que salir á la playa, cuando un caballero que traía en brazos á mi bella desconocida, se acercó á mí y me la entregó, desmayada, por supuesto... Yo me quedé estupefacto... Figúrate tú; un hombre con un temperamento de fuego...

JOAQUIN. Sí, pero en aquel instante debía estar usted muy mojado.

SINF. Á pesar de eso, ardía...

JOAQUIN. Bueno. ¿Y qué más sucedió?

SINF. Pues que de pronto la hermosa cubana abrió los ojos, ¡qué ojos! los volvió á mí y arrojándose á mi cuello exclamó: «¡Me ha salvado usted la vida... gracias, caballero, gracias!» Como comprenderás, no traté de sacarla de su error.

JOAQUIN. Naturalmente.

SINF. Después nos separamos y cada cual siguió su viaje como pudo... pero cuando volví á la Habana la fuí á visitar enseguida... Era viuda de un coronel, camagüeyana, y con veintidos años de edad... No necesito decírtelo: me enamoré de ella como un loco.

JOAQUIN. Pero, don Sinforoso...

SINF. Un día me dijo que tenía que venir á España á arreglar no sé qué asuntos referentes á su viudedad y no pensé más que en seguirla; por lo cual salí de la Habana diez días después que ella, abandonándolo todo.

JOAQUIN. ¿Y la ha encontrado usted aquí?

SINF. En cuanto llegué: vive en la calle de Fuencarral y la visito diariamente.

JOAQUIN. ¿Y qué piensa usted hacer?

SINF. Pues nada; casarme con ella, ya se lo he propuesto.

JOAQUIN. ¿Y ha aceptado?

SINF. ¡Vaya! «Me ha salvado usted la vida—dijo con su meloso acento cubano,—de usted es mi mano...» Sólo que añadió: «Por supuesto, siempre que no sea usted viudo »—Pues lo soy, contesté.—Bueno, pero no tendrá hijos, replicó ella con terror.—No, señora, la respondí temiendo perderla.

JOAQUIN. ¡Pues no es nada lo del ojo! ¿Y qué va usted á hacer de sus tres hijas?

SINF. Pues... ¡qué sé yo!... ¡Si las pudiera casar, sería lo mejor! Pero, ¿dónde encuentro yo tres novios ahora? Es decir, dos, porque Rosalía ya le tiene, se le ha buscado ella...

JOAQUIN. Puede que también las otras se le hayan buscado.

SINF. ¡Ojalá, Joaquín! Para eso las he mandado venir hoy á las dos; para interrogarlas... Si así fuera, se arreglaría todo á pedir de boca... Tengo un capital de ochenta mil duros: les daría veinte mil á las tres: seis mil seiscientos sesenta y seis duros y seis centavos á cada una, y una vez colocadas todas, me volvería á la Habana con Ñica—mi cubana, se llama Ñica...

JOAQUIN. ¿Ñica? ¿Y qué es eso?

SINF. Antonia, hombre, Antonia...

JOAQUIN. ¡Cualquiera lo entiende!

SINF. Antonia... Ñica... Pues no puede estar más claro... ¡Ah! Aquí viene Rosalía: la voy á hablar de su matrimonio.

JOAQUIN. Pues le dejo á usted solo con ella. (¡Ay, ay! ¡En buenos líos se ha metido don Sinforoso!)

ESCENA VI.

ROSALÍA y SINFOROSO.

ROSALIA. Mundo... Profundo... Vagamundo...

SINF. Abstraída como siempre. No piensa más que en los

negocios: la podría poner sin inconveniente al frente de la fábrica... ¡Rosalía!

ROSALIA. ¡Ay!

SINF. ¿En qué piensas, hija?

ROSALIA. Busco consonante á mundo.

SINF. ¿Á mundo? Pues... cofre.

ROSALIA. No es eso: busco palabras que acaben en undo.

SINF. ¡Ah¡ ¡Para hacer versos! Yo sí que te voy á hundir á tí... Á los números, Rosalía, á los números.

ROSALIA. Papá, la poesía es la luz.

SINF. Pero no será luz tan buena como la que dan nuestras cerillas...

ROSALIA. Oye... Estoy haciendo una invocación á la luna.

SINF. ¿Para qué? ¿Para pedirla que salga todas las noches?

ROSALIA. No... Escucha.

«¡Oh, luna luminosa
que sigues tu carrera en lo profundo...»

SINF. ¿Ese profundo, es el cielo?

ROSALIA. Naturalmente.

SINF. ¡Caracoles, con la naturalidad!

ROSALIA. «Cuando dirijo á tí la vista ansiosa.»

SINF. Vaya, vaya; no digas sandeces, y hablemos de negocios...

ROSALIA. Ahora mismo... Pasemos á la prosa de la vida y aléjese la musa dolorida.

SINF. Sí, que se aleje, y que haga el favor de no volver... Toma mi cartera y pasa á los libros los apuntes... ¡Cómo! ¿Dónde está? La he perdido... ¿Si la dejaría en el coche? Pues no me la devuelven, porque como no dí propina al cochero... ¿Ves? Por eso digo yo siempre que á los cocheros se les debe dar propina. Pues no, no la tengo...

ROSALIA. Todo lo pierdes: ayer el pañuelo, hoy la cartera: andas muy distraído ¿qué te pasa?

SINF. Nada, nada...

ROSALIA. Algo, sí, ¿á qué negarlo?

SINF. ¡Vaya! Puesto que te empeñas, te lo diré: me tiene

muy preocupado tu porvenir y el de tus hermanas: créeme: ansío verte casada.

ROSALIA. Lo mismo me pasa á mí.

SINF. Rosalía, por Dios, no seas tan sincera.

ROSALIA. No; sí yo ansío verme casada, porque te tranquilices tú.

SINF. ¡Ah, vamos! Eso es otra cosa... Pues yo no deseo más que desembarazarme... digo, que casaros.

ROSALIA. Por lo que á mí toca, ya sabes lo que te he dicho...

SINF. Sí, recuerdo que me has hablado de un Casimiro á quien conociste en casa de Pelaez, y que te hace el amor... Pero, pongamos las cosas en su punto ¿te le hace con buen fin?

ROSALIA. Según me ha dicho su madre, sí.

SINF. ¡Ah! Si te lo ha dicho su madre... Pero sería preferible que lo hubiera declarado él.

ROSALIA. Su madre me lo ha dicho en su nombre, porque él es muy corto.

SINF. ¿De alcances?

ROSALIA. No, señor...

SINF. ¡Ah! De estatura...

ROSALIA. Tampoco... Es corto de génio. Y además, me ha prometido la buena señora que hoy vendría á pedirte mi mano.

SINF. ¡Ah! Eso me gusta. Y á tí ¿te agrada el novio?

ROSALIA Sí.

SINF. Menos mal.

ROSALIA. ¡Cómo que es el único de la reunión que aplaude mis versos!

SINF. (¡Pues ya está juzgado!)

ROSALIA. Y los suele copiar con una letra preciosa.

ESCENA VII.

DICHOS, JOAQUIN, después PILAR y CONCHA.

JOAQUIN. ¡Señor! ¡Don Sinforoso!

SINF. ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

JOAQUIN. Que acaban de llegar á un mismo tiempo doña Pilar y doña Concha.

SINF. ¡Mis hijas!

ROSALIA. ¡Mis hermanas!... ¿Dónde están?

JOAQUIN. Hélas aquí. (Entran las dos.)

PILAR. ¡Querido papá!

CONCHA. ¡Rosalía del alma!

SINF. ¡Qué alegría volveros á ver á las tres juntas!

ROSALIA. ¡Qué dulce satisfacción inunda mi corazón con esta grata impresión!

SINF. Bueno, pues en conclusión, no toques el violón.

CONCHA. Yo si que estoy contenta... No creas que es nada divertido vivir en Aranjuez en compañía de una vieja regañona.

PILAR. ¡Pues el colegio es lo más aburrido y lo más triste!

SINF. Hija, es que no te llevé yo á él para que te divertieras... Pero os voy á dar un alegrón... ¿Para qué creeis que os he llamado? ¡Asombro general!... Para una boda.

CONCHA. ¡Cómo! ¿Has visto á Ventura?

PILAR. ¿Te ha hablado Leandro?

SINF. ¡Ventura! ¡Leandro! ¿Quienes son esos caballeros?

JOAQUIN. ¡Toma! Los que estuvieron antes á verle á usted y dejaron sus tarjetas.

SINF. Pues es verdad. (Las saca) «Ventura Rodríguez... «Leandro Pelotón...» ¿Los conoceis vosotras?

CONCHA. Yo he bailado con Ventura en casa del inspector de policía.

SINF. Vea usted: y dirán que la policía es inútil: no cojerá á los ladrones; pero para algo sirve.

PILAR. Yo he conocido á Leandro en el colegio.

SINF. ¡Qué! ¿Se educan en tu colegio oficiales de caballería

PILAR. No; Leandro iba allí á ver á una hermana suya, sólo que de paso me veía á mí también.

SINF. ¿De paso? ¡Pues no está mal paso!

CONCHA. Ventura es muy elegante.

PILAR. Y Leandro muy buen mozo.

CONCHA. Y me ha prometido que vendría hoy á pedirte mi mano.

PILAR. Pues también Leandro me ha jurado que solicitará hoy la mía...

SINF. (Me entra la fortuna por las puertas.) Pues, hijas, ya veis que han venido ya... Pero ninguno de los dos me ha encontrado en casa.

CONCHA. ¡Ay!

PILAR. ¡Qué lástima!

SINF. No os apureis: volverán... ambos lo han prometido así; precisamente los estoy esperando. Y como hagan su petición en regla y sean dignos de vosotras, os caso antes de ocho días.

CONCHA. Ventura es fiscal cesante.

SINF. ¿Cesante? Eso es lo que no me gusta.

CONCHA. Pero espera que le coloquen pronto.

SINF. ¡Toma! Eso mismo están esperando casi todos los españoles .. Sin embargo, veremos, veremos, y como se pueda arreglar, que ya haré yo lo posible ¡matrimonio en toda la línea! Porque Rosalía también se casa; de su boda era de lo que os iba hablar.

CONCHA. ¿También?

PILAR. ¡Cuánto me alegro!

ROSALIA. ¡Tres matrimonios. ¡Qué placer! Escribiré tres epitalamios!

SINF. Eso será lo peor... ¡Qué fortuna, Joaquín, las tres de un golpe!... Conque, ea, á colocar nuestros equipajes.

PILAR y CONCHA. Sí, sí...

SINF. Os acompañaré... Ayúdanos, Joaquín. (Vánse.)

ESCENA VIII.

ROSALÍA y ANTONIA.

ROSALIA. Trabajaré un rato... ¡Qué aburridos son los números para un espíritu poético!

ANT. (En el foro) Bien, no se moleste, ya le encontraré.

ROSALIA. ¡Vaya! Me he equivocado... Siete y cinco... trece... eso es, trece, y yo había puesto doce.

ANT. ¡Una señorita!... Dispense...

ROSALIA. ¡Ah! (Levantándose.) ¡Señora!

ANT. ¿Don Sinforo Calleja?

ROSALIA. Le avisaré enseguida: haga usted el favor de sentarse.

ANT. No, es inútil; no se incomode; vengo sólo á traerle esto cartera que ha dejado olvidada en casa de una amiga mía...

ROSALIA. Sí, hace un instante la echó de menos.

ANT. Hemos visto que contenía apuntaciones comerciales y suponiendo que le hará falta se la he traído. Como yo tenía que pasar por aquí, no me ha costado nada hacerle este favor.

ROSALIA. Sin embargo, le agradecerán mucho... Si usted quiere decirme su nombre le pasaré recado...

ANT. ¿Para qué?

ROSALIA. Porque sentirá no darle á usted las gracias personalmente.

ANT. Como guste... Antonia Agramonte.

ROSALIA. Pues espere usted un instante, que enseguida vendrá mi papá.

ANT. (Deteniendo á Rosalía.) ¿Qué ha dicho?

ROSALIA. Que enseguida vendrá mi papá.

ANT. ¡Su papá! ¿Y para qué ha de venir?

ROSALIA. Pues para darle á usted las gracias, ya lo he dicho...

ANT. ¿Pero don Sinforoso Calleja es?...

ROSALIA. Mi padre, sí señora...

ANT. ¿Su padre? ¿Estás segura?

ROSALIA. ¿Me pregunta usted si estoy segura de ser la hija de mi padre?

ANT. No, no; es que yo creía... me habían dicho... Pero desde el momento en que usted... Nada, nada, hágame usted el obsequio de avisar á su padre.

ROSALIA. (Esta señora no tiene la cabeza sana.) (Vase.)

ESCENA IX.

ANTONIA, luego D. SINFOROSO.

ANT. ¡Una hija! ¡Tiene una hija! Luego me engañaba el infame... ¡Ah! Se ha burlado de mí, pero le prometo que pagará cara la burla.

SINF. (¡Ñica en mi casa!) Permita usted, amiga mía...

ANT. No permito nada.

SINF. ¿Qué le pasa á usted?

ANT. Que estoy brava.

SINF. ¡Zapateta! (¡Si Rosalía le habrá dicho que es hija mía!)

ANT. Acérquese...

SINF. Con mil amores...

ANT. Una palabra nada más... ¿Es viudo?

SINF. Sí, señora...

ANT. ¿Sin hijos?

SINF. (Ciertos son los toros.) Sí, señora.

ANT. ¿Y esa señorita que acaba de salir de aquí?

SINF. Esa es hija... no hijo...

ANT. ¿Pero hija de usted?

SINF. Me explicaré, me explicaré.

ANT. ¡Nada de explicaciones! Sí, ó no... ¿Tiene una hija?

SINF. (Si supiera que tengo tres.)

ANT. ¿Tiene una hija?

SINF. Pues bien... Sí, señora...

ANT. Perfectamente. Y todavía no hace un mes que me dijo y afirmó...

SINF Sí; es verdad; pero yo le diré á usted... hace un mes, en aquella época...

ANT. ¿Cómo en aquella época? ¿No querrá decirme que hace un mes no había nacido la joven que yo he visto?

SINF. No, no señora... ¿Cómo he de querer decir eso?

ANT. Entonces me ha engañado...

SINF. ¡Perdón! La ví á usted tan resuelta á no casarse con un viudo que tuviera hijos ..

ANT. Naturalmente... ¿Le parece bonito que pase yo ante el mundo por madre de su hija?

SINF. ¡Quiá! no, señora; mejor creo yo que pasará usted por hija de Rosalía.

ANT. Eso es. Y como usted es su padre, si yo paso por su hija resultará que me he casado con mi abuelo.

SINF. Es verdad.

ANT. Nada, don Sinforoso... No me ama, ya lo veo...

SINF. ¡Dice que no la amo!

ANT. Si me amara, no me hubiera engañado...

SINF. ¡Por Dios! No me taladre usted el corazón... Perdóneme usted...

ANT. ¡Imposible!

SINF. Se lo pido á usted de rodillas...

ANT. Es inútil.

ESCENA X.

DICHOS y VENTURA.

VENT. ¿Don Sinforoso?... ¡Ah!

SINF. Servidor de usted...

VENT. Dispense usted, dispensen ustedes... No quisiera molestar...

ANT. (¡Qué vergüenza!)

VENT. Ya veo que está usted ocupado...

SINF. Sí, señor; pero... (Se va á levantar.)

VENT. No, no; no se moleste usted, volveré luego...

SINF. Como usted guste... (¡Qué tipo!)

VENT. Siento mucho... Ya comprenderán ustedes que si yo hubiera sabido... en fin, que... Hasta luego. (Vase.)

ESCENA XI.

ANTONIA y SINFOROSO.

ANT. Levántese, hombre.

SINF. ¡Ah, sí!

ANT. ¿Qué habrá dicho ese joven?

SINF. Ya lo ha oído usted: no ha dicho nada entre dos platos.

ANT. Conque don Sinforoso, hemos concluído...

SINF. ¡Ñica! ¡Ñica de mi corazón! ¡Qué ingratitud! Yo la salvé á usted la vida y usted me la va á quitar á mí. Porque si usted me abandona me muero, créame usted, me muero! estoy decidido.

ANT. (¡Pobre hombre! Y después de todo, el engaño fué hijo de su amor.)

SINF. Salve usted mi vida ahora, siquiera para que quedemos en paz.

ANT. Corriente, don Sinforoso, le perdono esa hija...

SINF. Gracias, gracias, Ñica.

ANT. ¿No tiene más que ella, por supuesto?

SINF. Nada más: comprenda usted que sería yo el más infame de los hombres si tuviera más hijos...

ANT. Y no lo confesára. Ahora, una condición. Su hija se ha de casar antes que nosotros.

SINF. Lo tenía pensado. Precisamente estoy ocupándome en arreglar su boda...

ANT. Muy bien; después de su boda partiremos á América y allí...

SINF. Perfectamente, perfectamente... (Se arregló el negocio mejor de lo que yo esperaba.)

ESCENA XII.

DICHOS y JOAQUÍN, después BÁRBARA y CASIMIRO.

JOAQUIN. ¿Dan ustedes su permiso?

SINF. Adelante... ¿Qué se ofrece?

JOAQUIN. Ahí preguntan por usted doña Bárbara Palomeque y su hijo...

SINF. Que pasen, Joaquín, que pasen. Llegan con mucha oportunidad... (Á Antonia.) El futuro esposo y la futura suegra de Rosalia...

ANT. ¡Ah! Me alegro...

BARB. (Entrando.) Sígueme, Casimirito.

CASIM. Sí, mamá.

BARB. Don Sinforoso Calleja...

SINF. Servidor de usted... Señora, tengo una gran satisfacción en verla honrar mi casa.

BARB. Muchas gracias: la honrada soy yo...

SINF. No, no, señora, yo...

BARB. Y yo también, hombre: yo también soy honrada...

SINF. Bueno, eso sí; pero...

BARB. Casimiro, saluda á este señor...

CASIM. ¿Cómo está usted? (Le da la mano.)

SINF. Para servir á usted.

CASIM. ¡Ay!

SINF. ¿Qué es eso?

BARB. Pero, chico, ¿para qué le has dado la mano derecha?

CASIM. ¡Ay!

BARB. Pues, nada, que hemos venido en coche, y este, al cerrar la portezuela se ha cogido un dedo.

SINF. ¡Ay!

BARB. Pero no importa, porque él mismo se le puede curar.

SINF. ¡Ah! ¿Es médico?

BARB. No, señor, veterinario... Se empeñó en seguir esa carrera y le tuve que dejar, bien á disgusto mío, porque yo quería que se dedicara á la magistratura, como su padre.

SINF. ¡Ah! ¿Su esposo de usted, fué...

BARB. Sí, señor; inspector de policía. Y si este lo hubiera sido también le habría yo ayudado como ayudé al difunto...

SINF. ¿Usted?

BARB. ¡Vaya! Con esta mano fina y delicada que usted vé, he cogido por el cuello á muchos malhechores... Así...

SINF. ¡Señora, por Dios! (Pues no me ha parecido la mano tan fina y delicada como ella dice.)

BARB. Pero al asunto... Nosotros veníamos á hablar con usted...

SINF. Pues ya están ustedes hablando... ¡Ah! Esta es una

señora amiga mía, para quien no tengo secretos.

BARB. Entonces... Pues yo vengo á pedirle á usted la mano de Rosalía para Casimiro...

SINF. (Á Antonia.) ¿Lo ve usted?

BARB. El chico no hay más que verle: es una perla. ¡Y qué costumbres! En fin, no se ha separado de mí ni para ir á cátedra.

SINF. Perfectamente.

BARB. Además, no está en cueros.

ANT. Sí, ya lo vemos.

SINF. ¡Caramba! Es que si hubiera venido en cueros, tampoco le hubiera recibido yo en mi casa, y menos delante de una señora.

BARB. Con que, mejor partido para su hija no le podía usted esperar.

SINF. Tampoco ella es costal de paja.

ANT. En efecto; Rosalía me ha parecido inteligente y es bonita y además hija única.

SINF. (¡Dios mío!)

BARB. ¡Hija única! Era mi sueño dorado. Esas palabras allanan todos los obstáculos, y como á usted le convenga, negocio concluído.

SINF. Le diré á usted...

ANT. ¡Cómo! ¿Va á poner dificultades?

SINF. No, no, señora.

BARB. Casaremos á los chicos, don Sinforoso... ¡Hija única!

CASIM. Pero Rosalía me ha hablado algunas veces de dos hermanas...

ANT. ¿Eh?

SINF. (¡Demonio de muchacho!) Sí, en efecto; de dos hermanas, ¿verdad?

CASIM. Justo.

ANT. ¿Cómo?

SINF. ¡Pobrecitas! (Las mato.) Murieron las dos en un día... ¡Y lo que yo lloré! Todavía me enternezco...

BARB. ¡Vaya! Dejémonos de tristezas cuando se debe hablar de bodas.

ANT. Es verdad.

SINF. (No ha sospechado.)

ANT. Pero una vez que están ustedes de acuerdo en principio, les doy mi enhorabuena y me voy... Señora, he tenido mucho gusto en conocerla... Antonia Agramonte.—Fuencarral, 27, 2.°, tiene su casa.

BARB. Lo mismo digo... Saluda, Casimiro.

CASIM. Que usted lo pase bien. Ya sabe usted, veterinario para servirla.

ANT. No, á mí no, muchas gracias. Hasta mañana.

SINF. No faltaré: y si usted supiera lo largo que se me va á hacer el tiempo... Joaquín, acompaña á esta señora.

ESCENA XIII.

BÁRBARA, SINFOROSO y CASIMIRO.

BARB. Estoy muy contenta. ¿Y tú?

CASIM. También. ¡Como que soy el que se va á casar! Pero lo estaría más si no me doliera tanto el dedo.

SINF. (Yo no puedo dejar engañada á esta gente.) Tengo que decirles á ustedes...

BARB. ¡Nada!... ¡Hija única! Crea usted que sin esa cualidad de Rosalía no sé si me hubiera decidido á casar al chico.

SINF. (¡Demonio! Entonces me callo.)

BARB. Porque por buena que sea una fortuna repartida entre muchos...

SINF. Tiene usted razón. (Al menos es franca.)

BARB. En cuanto á los preliminares de la boda...

SINF. ¡Basta! Ya se lo que usted quiere decir: yo doy á mi hija seis mil seiscientos sesenta y seis duros y sesenta y seis centavos.

BARB. ¡Qué cantidad tan extraña! ¿No sería mejor un número redondo?

SINF. Bueno; no hay inconveniente... ¿He dicho seis mil seiscientos sesenta y seis duros y sesenta y seis centavos?

Pues sean seis mil duros.

BARB. ¡Vaya una manera de redondear!

SINF. La corriente; para hacer una cosa redonda, se le quitan los picos y eso he hecho yo...

BARB. Pues me parece muy poco dinero.

SINF. ¡Señora!

BARB. Pero no importa: Rosalía es hija única y usted se morirá.

SINF. Probablemente; pero no lo he resuelto todavía.

BARB. Todo se reduce á esperar un poco de tiempo.

SINF. Que yo procuraré alargar todo lo posible.

BARB. Pues, nada, quedamos convenidos.

SINF. Perfectamente... ¡Ah! La boda se ha de celebrar dentro de ocho días...

BARB. ¿Tan pronto?

SINF. Sí, señora...

CASIM. ¡Qué gusto! (Se frota las manos.) ¡Ay!

SINF. Tratándose de la felicidad de los hijos...

BARB. Yo quería dejarlo para el día de mi santo.

SINF. ¿Su santo de usted? ¡San Bárbaro! ¿Y cuando es eso?

BARB. No, hombre, no; Santa Bárbara; el 4 de Diciembre...

SINF. Entonces, no diga usted mi santo, sino mi santa... Pero no, no; está muy lejos.

BARB. Pues cuando usted guste.

SINF. Dentro de ocho días.

BARB. Será una gran boda, yo le aseguro á usted. He conservado numerosas relaciones entre los subordinados de mi difunto, y asistirán casi todos los agentes de orden público de Madrid.

SINF. No, no, señora.

BARB. ¿Por qué?

SINF. Porque entonces más que una boda va á parecer una conducción de presos... Nada, nada de aparato: una cosa modesta y en familia.

BARB. Pero, hombre, si la comida la pagaré yo.

SINF. ¡Mejor! Pero aunque la pague usted.

ESCENA XIV.

DICHOS y VENTURA.

VENT. ¿Dan ustedes su permiso?

SINF. Adelante.

VENT. ¿Don Sinforoso Calleja?

SINF. Servidor de usted...

VENT. Pues yo... Pero no quisiera molestar... veo que está usted ocupado...

SINF. No, hombre, no.

VENT. Sí, señor, sí; estaba usted hablando con esta señora... si yo no tengo prisa, volveré...

SINF. Pero...

VENT. Volveré.

SINF. ¡Vaya un tipo! (Al salir Ventura tropieza con Leandro que entra.)

VENT. Usted perdone.

LEAND. ¿No tiene usted ojos?

ESCENA XV.

DICHOS, menos VENTURA, y LEANDRO.

LEAND. ¿Don Sinforoso Calleja?

SINF. Servidor de usted.

LEAND. Muy señor mío... Leandro Pelotón, capitán de caballería.

SINF. (¡Dios mío! El novio de Pilar.)

LEAND. Veintitres acciones de guerra y veintisiete heridas...

SINF. Que sea enhorabuena.

LEAND. Gracias: yo debía ser coronel; pero no he tenido padrino...

SINF. ¿No? ¿Entonces se mantuvo usted por su pie en la pila bautismal?

LEAND. No es eso: digo que me ha faltado quien me apoye en el Ministerio de la Guerra. Tengo noventa y dos amigos generales... Pues bien, ninguno de los ciento doce

ministros que ha habido en quince años ha sido amigo mío...

SINF. ¡Qué casualidad!

LEAND. Pero al asunto: yo estoy enamorado y usted sabe de quién...

SINF. No, yo, no: le juro á usted que yo no se una palabra.

LEAND. ¡Cómo! ¿No le ha dicho á usted nada su hija?

SINF. Sí, sí; en efecto; creo haberla oído... (¡Qué complicación!)

LEAND. Pues tratemos el asunto militarmente ¿me concede usted la mano de su hija?

BARB. ¿Qué dice este hombre?

LEAND. ¡Ah! ¡Señora!... Sin duda, su esposa de usted...

SINF. No, hombre, no; no tengo tan mal gusto...

BARB. Ya quisiera usted...

SINF. No, me he equivocado: quise decir que no tengo ese gusto, el de que usted...

BARB. Bueno, bueno. Pues, amigo mío, su pretensión de usted llega tarde.

LEAND. ¡Tarde! ¿Por qué?

SINF. (¡Dios mío! ¡Ten su lengua!)

BARB. Porque la hija de don Sinforoso ha sido prometido á mi hijo... Ven acá, Casimiro... Este gallardo joven que usted ve.

SINF. (¡Gallardo! ¡Y parece un pollo mojado!)

LEAND. ¿Pero es verdad eso, caballero?

SINF. Diré á usted... (¿Qué le voy á decir?) Hablaremos y...

BARB. ¿Qué van ustedes á hablar? ¿Trata usted de recojer la palabra que me ha dado?

SINF. De ninguna manera.

BARB. Es que cuidadito...

SINF. ¡Ya lo creo! (Sería capaz de pegarme.)

BARB. Con que quedamos en que nos casamos nosotros con la chica.

SINF. Sí, señora, sí.

LEAND. Pero venga usted acá: ¿con cuál? Porque bien puede querer su hija de usted á una y yo á otra.

BARB. No, señor.

LEAND. ¿Por qué no?

BARB. Porque don Sinforoso no tiene más que una hija...

LEAND. ¡Ah!

BARB. Siento mucho, caballero, haberme adelantado á usted; pero Bárbara Paloma que no puede retroceder ni ante toda la caballería española.

LEAND. Déjeme usted en paz.

BARB. Y aunque usted se hubiese adelantado: hubiera usted sabido probablemente quien es Calleja.

SINF. No, si ya lo sabe: le he dicho yo mismo que soy Calleja.

BARB. Con que acompañamos á usted en el sentimiento y otra vez ande más de prisa. Vamos, Casimiro.

CASIM. Bueno, mamá... Hasta otro día, don Sinforoso...

SINF. Vaya usted con Dios...

CASIM. ¡Ay!... beso á usted...

BARB. Andando... No le beses nada.

ESCENA XVI.

SINFOROSO y LEANDRO, después PILAR y CONCHA.

SINF. ¡Diablo de vieja!

LEAND. Con que es decir que yo me quedo á pié.

SINF. Hombre, por mí puede usted montar cuando guste.

LEAND. Y Pilar me ama, estoy seguro... ¡Y después, hija única! El sólo capricho de mi madre: una nuera que no tuviera hermanos.

SINF. ¿Sí, eh?

LEAND. Como usted lo oye.

SINF. (¡Qué solicitadas son las hijas únicas! Pues no le saco de su error.)

LEAND. ¡Cuidado que es desgracia! En fin, caballero, no quiero molestarle á usted más.

SINF. Un instante... señor de Pelotón, es usted el yerno que yo he soñado... usted ama á Pilar... Pilar le ama á

usted... ¿quién dice que esto no puede arreglarse todavía?

LEAND. ¡Arreglarse! ¿Y el otro? Usted le ha prometido...

SINF. Sí, le he prometido, pero muy vagamente... Además, prometer no es cumplir...

LEAND. Sin embargo...

SINF. Á veces cuando se va á dar por terminado un negocio se presenta otro mejor y se abandona el primero y se hace el segundo... Así es el comercio, amigo mío... Mis cajas de cerillas me han aleccionado... (Entra Pilar y escucha.)

LEAND. Entonces.

SINF. Es muy sencillo: le doy á usted la preferencia. La *Biblia* lo dice: los últimos serán los primeros. Concedo á usted la mano de mi hija.

PILAR. ¡Ah, papá! (Le abraza.)

SINF. ¿Estabas oyendo? Mejor: ya has visto como procuro tu felicidad.

LEAND. Pilar, soy muy dichoso... Y crea usted que he venido temiendo encontrar algunas dificultades, porque si no llega usted á ser hija única...

PILAR. ¡Hija única!

SINF. (¡Calla, por Dios!) Sí, hija única: lo dices de un modo que parece que no lo sabías... (¿Qué había de saber?)

CONCHA. (Entrando.) ¿Dejé aquí la caja del sombrero? Sí... sí... ya la veo... ¡Ah! Un caballero...

PILAR. Es Leandro, mi novio.

LEAND. Servidor de usted... (Á Sinforoso.) ¿Quién es esta señorita?

SINF. ¿Esta? (¡Ay, el sombrero!) Pues la modista de Pilar.

CONCHA. ¿La modista?

SINF. (Apoya lo que yo diga) Ha venido á probarla un sombrero... Anda, póntele, hija mía, á ver si es del gusto de Leandro... Y tú, pronto, (Á Concha.) prueba el sombrero á Pilar...

CONCHA. (¿Qué pasa aquí?) Sí, hombre, sí, se le probaré, no te enfades.

LEAND. ¡Cómo! ¿Le tutea á usted la modista?

SINF. ¡Ah!... Sí... Es la hija de un compañero de colegio y me conoce desde que nací...

LEAND. ¿Desde que nació usted?

SINF. Sí, señor; es decir, no: desde que nació ella... ella...

CONCHA. ¿Está bien?

SINF. Precioso.

LEAND. Encantadora... Con que si ustedes me dan su permiso, voy enseguida á contar á mi madre el resultado de nuestra entrevista.

SINF. Sí, sí; vaya usted...

LEAND. Me ha empeñado usted su palabra y supongo que no me desbancará un tercer pretendiente, como yo he desbancado al primero.

SINF. ¡Quiá! No, señor.

PILAR. ¿Qué es eso? ¿Qué dice?

SINF. Lo que á tí no te importa.

LEAND. Es que con el alfeñique de antes se puede jugar; pero conmigo, no... Yo tengo malas pulgas...

SINF. Pues usted dispense; pero eso es una porquería: no se deben tener pulgas ni malas ni buenas...

LEAND. No me ha entendido usted...

SINF. Sí, hombre, sí; de sobra... ¡Ah! Le advierto á usted que la boda se ha de celebrar dentro de ocho días.

LEAND. Cuanto más pronto, mejor... Si usted quiere nos vamos á casar ahora mismo.

PILAR. ¡Qué vehemente es!

SINF. No tanto, hombre, no tanto...

LEAND. Es que yo soy así... Pilar, como si estuviéramos ya casados. (La va á abrazar.)

SINF. No, señor de Pelotón, no; no adelantemos los sucesos. (¡Caracoles!)

LEAND. Como usted guste... (Á Concha.) Si usted procura complacer á Pilar le seguirá dando trabajo cuando sea mi esposa.

CONCHA. ¿Á mí?

LEAND. Futuro suego, hasta después.

SINF. ¡Vaya usted con Dios!

LEAND. (¡Qué suerte! pero ¡qué suerte!... ¡Hija única! (Vase.)

ESCENA XVII.

DICHOS, menos LEANDRO, después ROSALÍA.

SINF. ¡Bueno! ¡Van dos colocadas!

CONCHA. Pero, papá, ¿qué significa esto? ¿Por qué me has hecho pasar por modista?

SINF. Porque no he tenido más remedio.

PILAR. ¿Y por qué le has dicho á Leandro que no tienes más hija que yo?

SINF. Porque ha sido preciso.

CONCHA. Pues no lo entiendo.

PILAR. Ni yo tampoco.

SINF. Ahora lo entendereis... (Llega Rosalía.) ¡Ah! Ven acá tú también... Por una necesidad primero y por cálculo después, os he hecho pasar por hijas únicas á tí, y á tí. (Rosalía y Pilar.) Pero, gracias á este embuste, sereis dentro de ocho días, tú la mujer de Casimiro y tú la esposa de Leandro.

ROSALIA. ¿De veras?

PILAR. ¡Qué gusto!

SINF. Si no hubiera suprimido obstáculos... digo, hermanas, ninguno de los dos enlaces se habría realizado. ¡Parece que la hija única es un artículo que se solicita mucho!

ROSALIA. ¿Y cuándo nuestros esposos lleguen á saber que han sido víctimas de un engaño?

SINF. Pues como estén casados, allá ellos: desengañaos, lo principal son las bendiciones, que esas no se pueden echar abajo.

ROSALIA. ¡Oh! ¡Qué día y qué alegría!

SINF. Prosa, Rosalía, prosa.

ROSALIA. ¿Á que no sabes lo que voy á hacer para celebrar este día?

SINF. Alguna barbaridad.

ROSALIA. No, una oda ó un flán; lo que tú prefieras.

SINF. El flan, hija, el flán, que es más nutritivo.

ROSALIA. Pues enseguida. (Vase.)

CONCHA. Me alegro mucho de que mis hermanas se casen; pero ¿y yó, papá?

SINF. ¿No ha quedado tu novio en venir hoy á pedir tu mano?

CONCHA. Sí, pero no viene.

SINF. ¡Toma! ¿Si será uno que ya ha estado aquí dos veces hoy? Uno que no quiere molestar...

CONCHA. Sí, sí, ese es.

SINF. Pues volverá, no tengas cuidado; me dijo que volvería...

ESCENA XVIII.

DICHOS y VENTURA.

VENT. ¿Don Sinforoso Calleja?

CONCHA. Ahí está.

SINF. (El mismo.) Servidor de usted.

VENT. No quisiera molestar; y si está usted ocupado...

SINF. No, hombre, no; adelante.

VENT. Es que á mí me es lo mismo volver luego.

SINF. De ninguna manera. (¡Qué afan de ir y venir!) Precisamente en este momento me estaba hablando de usted mi hija ¿porque usted es don Ventura Rodríguez?

VENT. Para servir á usted.

SINF. Justo; pues por eso me decía Concha: se me presenta un porvenir de ventura.

VENT. ¡Ingrata!

CONCHA. ¿Yo?

SINF. ¿Cómo ingrata? ¡Vaya una salida de pie de banco!

VENT. Lo sé todo.

SINF. ¿Todo? (¿Qué sabrá este zamacuco?)

CONCHA. ¿Pero qué sabes?

VENT. Yo iba á entrar cuando él salía...

SINF. ¿Quién?

VENT. Él... uno de bigote que le dijo á su dependiente de usted: voy á ser tu amo: me caso con la hija de tu principal... ¿Con cuál? preguntó el otro. Pues con la única que tiene... y se marchó... Y yo también debí marcharme.

SINF. (¡Ese Leandro!) Poco á poco, don Ventura...

VENT. Crea usted que se me ha destrozado el corazón...

SINF. No se apure usted, porque tiene compostura.

CONCHA. (¡Pobrecito!)

SINF. Es verdad que ese indivíduo del bigote me pidió la mano de mi hija y que yo se la concedí...

VENT. Basta, basta... no quiero molestar más.., y...

SINF. Espere usted, hombre de Dios... Se la concedí porque no sabía que Concha estuviera enamorada de otro; pero en cuanto lo he sabido, ¿cree usted que voy á sacrificar á mi hija?... Nada, ahí tiene usted á la modista que ha oído toda nuestra conversación...

PILAR. (¡Vaya, ahora me toca á mí el turno!)

VENT. De manera que...

SINF. Sí, señor; se casará usted con Concha dentro de ocho días.

VENT. ¡Qué felicidad! ¿Y el otro?

SIMF. Pues el otro no se casará...

ESCENA XIX.

DICHOS y ROSALÍA.

ROSALIA. El almuerzo está en la mesa.

SINF. (¡Rosalía! ¡Qué oportuna!)

VENT. ¿Quién es esa joven?

SINF. La niñera, eso es, la niñera...

VENT. ¿Pero tiene usted niños?

SINF. No, la he tomado para cuando los tenga usted...

VENT. ¡Pues ya es previsión!

ROSALIA. ¡Qué flán! ¡Te vas á chupar los dedos!

SINF. (¡Dios mío!)

VENT. ¿Le tutea á usted la niñera?

SINF. Sí, es hija de un antiguo amigo mío. ¡Pobrecita! Ahí donde usted la ve, es huérfana... claro, se la murieron los padres y no la quedó más remedio...

VENT. Naturalmente...

SINF. ¿Conque el almuerzo nos espera? ¿Usted habrá almormorzado ya? Lo siento mucho, mucho...

VENT. No, señor; no he almorzado...

SINF. Es lo mismo...

VENT. Pero no quiero molestar...

SINF. Eso es; no quiere usted molestar... corriente... pues lo dicho, dicho... dentro de ocho días la boda.

VENT. ¡Qué feliz me hace usted don Sinforoso! Porque créame usted, yo no sabría vivir sin el amor de Concha, y desde el día mismo que la conocí...

SINF. Pero, don Ventura, que no quiere usted molestar.

VENT. Sí, sí; tiene usted razón., Beso á usted la mano... Á los piés de ustedes... (Vase.)

SINF. ¡Qué líos! Tengo la cabeza como un bombo... ¡Válgame Dios, los trabajos que cuesta casar tres hijas!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala amueblada con algún lujo. Puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

SINFOROSO y JOAQUÍN.

SINF. Ya ves como todo me ha salido á pedir de boca.

JOAQUIN. Todavía no.

SINF. ¿Pues qué falta, ave de mal agüero?

JOAQUIN. Que se celebren los cuatro matrimonios sin que se descubra el embuste.

SINF. Se celebrarán: hoy se casa Rosalía, dentro de ocho días Pilar y dentro de quince Concha... ¡Ah! Y dentro de veintiuno yo: creo que en una familia no se puede aprovechar mejor un mes.

JOAQUIN. No, señor... Pero, ¿cómo va usted á evitar que se vean y hablen los novios de las niñas y la novia de usted?

SINF. Ya está evitado: en cuanto se casen Rosalía y Casimiro se marchan á viajar por la línea del Norte... un viaje largo: ya les he dicho que no se detengan antes del Escorial: á Leandro y á Pilar les enviaré por la línea

de Andalucía, lo menos hasta Alcázar, y á Concha y á Ventura por la de Portugal.

JOAQUIN. ¿Hasta dónde?

SINF. Muy lejos: hasta lo que alcancen cinco duros de billete de primera... no, de segunda...

JOAQUIN. Bueno. ¿Y entretanto que se celebran las tres bodas?

SINF. También está previsto. ¿No has observado que desde que concertamos sus matrimonios no han vuelto por aquí ni Leandro ni Ventura?

JOAQUIN. Sí, señor, y no ha dejado de sorprenderme.

SINF. Admira mi talento, Joaquín. Á los dos les dije que antes de casarse quería que fuesen sus novias á pasar unos días en Aranjuez con mi hermana.

JOAQUIN. ¡Ah!

SINF. Y Leandro cree que Pilar no estará aquí de vuelta hasta mañana y Ventura, que no vendrá Concha hasta el lunes próximo: de modo que no se pueden encontrar. Está bien hilado, ¿eh?

JOAQUIN. Perfectamente; pero aún se me ocurre otra dificultad.

SINF. ¿Otra?

JOAQUIN. Sí, señor.

SINF. ¡Pues, hombre, ni que fuera yo ministro y tú diputado de oposición!

JOAQUIN. Verá usted... ¿No va á ser doña Antonia madrina de boda de Rosalía?

SINF. Sí, se ha empeñado y no he tenido más remedio que complacerla.

JOAQUIN. Pues verá á Concha y á Pilar.

SINF. Previsto, previsto también. Se las voy á presentar como amigas de la infancia.

JOAQUIN. ¡Qué barbaridad!

SINF. ¿Cómo barbaridad?

JOAQUIN. Pero, don Sinforoso, ¿quién ha de creer que ha sido usted amigo de la infancia de sus hijas?

SINF. Vamos, tenías razón: había una barbaridad: sólo que eres tú el que la ha dicho. Se las voy á presentar como amigas de la infancia de Rosalía.

JOAQUIN. ¡Ah!

SINF. ¡Ah! (Remedándole.) Con que me parece que ahora no dudarás de mi talento para la intriga... Joaquín, yo he nacido para político.

JOAQUIN. Y es usted fabricante de cerillas.

SINF. Ya ves... En cambio otros han nacido para hacer cerillas y son políticos y hacen discursos... discursos de ruído, como los fósforos antiguos.

ESCENA II.

DICHOS y LEANDRO.

LEAND. (Dentro.) No hace falta que me anuncien.

JOAQUIN. ¡Don Leandro!

SINF. ¡Santísimo Cristo! Díle que no estoy. (Cuando va á salir aparece Leandro.)

LEAND. Don Sinforoso.

SINF. (¡Me pescó!) ¡Oh, amigo mío!

LEAND. Buenos días; usted bueno, ya lo veo; la familia buena, ya lo sé... yo también bueno.

SINF. Y este también. (Por Joaquín.)

LEAND. Lo celebro muchísimo.

SINF. ¿Y á qué debo el gusto?...

LEAND. Dejémonos de cumplidos.

SINF. Corriente; pero lo que es usted no tiene necesidad de dejarlos.

LEAND. Al asunto... ¿Dónde está Pilar?

SINF. ¿Pilar? (¡Si habrá sabido!) Pues en Aranjuez.

LEAND. No, señor.

SINF. Sí, señor.

LEAND. No, señor.

SINF. Sí, señor.

LEAND. No, señor.

SINF. Bueno, y así sucesivamente.

LEAND. ¿Dónde está Pilar?

SINF. ¿Otra vez? Acércate, Joaquín, acércate y contesta á este caballero. (Lo pone en el centro.)

JOAQUIN. En Aranjuez.

SINF. ¿Lo ve usted? En Aranjuez con mi hermana.

LEAND. No, señor.

SINF. (Ciertos son los toros.) Pues si no está allí, debe estar... sí... de fijo... debe estar...

LEAND. ¿Dónde?

SINF. En otra parte.

LEAND. Naturalmente.

SINF. Pero con mi hermana...

LEAND. Hace ocho días que se fué Pilar y la he escrito ocho cartas y no me ha contestado á ninguna, ¿por qué no me ha contestado?

SINF. ¡Toma! Eso cuénteselo usted á su tía.

LEAND. ¡Cómo á mi tía?

SINF. No, hombre, no; á la tía de Pilar, á mi hermana.

LEAND. Y el silencio de mi prometida me hace sospechar que no está en Aranjuez.

SINF. ¡Ah! ¿No es más que una sospecha? ¡Toma! Yo creí que había usted ido á verla y que no encontrándola...

LEAND. ¿De modo que no está en Aranjuez?

SINF. Sí, hombre, sí, ¿qué tiene que ver eso?

LEAND. Por que entonces, si yo hubiera ido la hubiese encontrado.

SINF. Ó no: muchos que me deben dinero están en Madrid y no los puedo encontrar nunca.

LEAND. Yo sigo en mis trece: si Pilar hubiera recibido mis cartas, las hubiera contestado.

SINF. También puede ser que no las haya recibido: ya sabe usted que se pierden la mitad de las cartas.

LEAND. Aunque así sea: como la he escrito ocho, habrán llegado cuatro á su poder.

SINF. Eso sí; pero mi hermana es mujer de principios muy severos y tal vez haya interceptado esa correspondencia... usted me parece muy vehemente.

LEAND. Y lo soy.

SINF. Y quizás haya escrito con demasiado fuego...

LEAND. Don Sinforoso, yo no falto al respeto á las señoras.

SINF. Hace usted bien. Pero yo voy más allá: no falto al respeto á las señoras ni los caballeros.

LEAND. En resúmen...

SINF. En resúmen, don Leandro, estoy ocupadísimo.

LEAND. ¿Me echa usted de su casa?

SINF. No, hombre, no: yo sólo digo que estoy muy ocupado y á usted le toca irse espontáneamente.

LEAND. Es verdad; pero para concluir... ¿Está Pilar en Aranjuez?

SINF. Sí, señor.

LEAND. ¿Vendrá mañana?

SINF. Sí, señor.

LEAND. ¿Y nos casaremos dentro de ocho días?

SINF. Sí, señor.

LEAND. Corriente; pero le advierto que conmigo no juega usted.

SINF. Sí, señor.

LEAND. ¿Cómo? He dicho que no juega usted conmigo.

SINF. ¡Ah! Pues peor para usted.

LEAND. ¿Para mí?

SINF. Sí, señor; por que tengo muy mala fortuna y pierdo siempre.

LEAND. No es eso: quiero decir que si usted pretendiera engañarme.

SINF. ¿Todavía?

LEAND. Hasta mañana.

SINF. (¡Gracias á Dios!)

ESCENA III.

DICHOS y CONCHA.

CONCHA. ¡Papá! ¿Está papá?

SINF. Sí; aquí está ¿qué hay?

LEAND. (Volviendo.) ¡Cómo! ¿Qué es eso? ¿Por qué le llama á usted papá la modista?

SINF. ¿Á mí? (¡Otra complicación!) ¿Á mí?... Pero, hombre, usted sueña.

LEAND. ¿Cómo que sueño, si lo acabo de oir? Esta joven ha dicho ¿está papá? Y usted ha contestado: sí, aquí está...

SINF. Justamente, porque está aquí...

LEAND. Entonces...

SINF. El padre de Concha es éste, Joaquín.

JOAQUIN. ¿Yo?

LEAND. ¡Ah!

SINF. Y si usted no fuera tan precipitado... (¡Me salvé!)

LEAND. Pero ¿no me dijo usted que era modista esta joven?

SINF. ¿Y qué tiene que ver? Puede ser modista é hija de Joaquín ¿ó se figura usted que las modistas no tienen padre?

LEAND. No, no...

SINF. Con que anda, Joaquín, anda, ve á ver que quiere tu hija.

JOAQUIN. Sí... bueno... sí... ahora... (Pero ¿por qué me meterá este hombre en sus líos.) Usted dirá que se la ofrece...

LEAND. ¡Cómo! ¿Trata á su hija de usted?

SINF. (¡Adios!) Sí, hombre, si ¿qué tiene eso de particular?

LEAND. ¡Apenas!

SINF. Á todo el mundo le han tratado alguna vez de usted sus padres.

LEAND. No, señor.

SINF. ¿Qué no? Estoy seguro de que á usted mismo que lo niega le habrán dicho en muchas ocasiones: ¿Conque no ha ido usted al colegio? ¿Conque se ha comido usted los dulces?

LEAND. ¡Ah, bueno! Estando incomodados...

SINF. Pues eso le pasa á Joaquín, que está muy incomodado con su hija ¿no es cierto?

JOAQUIN. Sí, señor...

SINF. ¡Y si yo no le contuviera! (Incomódate, hombre.)

LEAND. Pues parece tan tranquilo.

SINF. ¿Éste? Hay que conocerle: por dentro está echando bombas. Si le dejara yo solo con su hija, la hacía pedazos.

LEAND. Pero ¿tan grave es lo que ha hecho?

JOAQUIN. Gravísimo.

CONCHA. (Me están poniendo buena.)

SINF. No, hombre, no: tú exajeras. (No conviene desacreditarla demasiado.) Cosas de chicas, amoríos: se empeña en casarse con un abogadillo que es un majadero, y yo... digo, y éste se opone.

LEAND. ¡Bah! Eso no vale nada. Y quiero interceder para que la perdone usted.

SINF. Es muy testarudo.

JOAQUIN. (¿Y qué hago yo?)

LEAND. Vamos, venga usted acá señorita. Pida usted perdón á su padre.

CONCHA. ¡Perdón!

LEAND. Ahora dela usted un abrazo.

JOAQUIN. ¿Yo?

SINF. No, no. (La separa.)

LEAND. ¿Por qué?

SINF. Con la ira que tiene por dentro sería capaz de ahogarla. Es atroz.

JOAQUIN. Si señor; soy atroz.

LEAND. ¡Quién lo había de decir!

SINF. Deje usted que yo lo arreglaré todo en cuanto usted se marche.

LEAND. Pues enseguida.

SINF. (Ha entendido la indirecta.)

LEAND. (Á Joaquín.) Amigo mío, no hay que dejarse llevar del génio.

JOAQUIN. No, señor; no hay que dejarse llevar.

ESCENA IV.

DICHOS y PEPE.

PEPE. El regalo de boda para la señorita de parte de la madrina.

SINF. (¡Otro lío!)

LEAND. ¿Ya?

CONCHA. ¡Ay! Á ver, á ver.

LEAND. Supongo que esa señorita, será su hija de usted.

SINF. Naturalmente.

CONCHA. Un aderezo precioso... Se le voy á llevar á Rosalía para que se le ponga.

LEAND. ¿Á qué Rosalía?

SINF. No la haga usted caso.

LEAND. ¿No es ese aderezo para Pilar?

SINF. Sí, hombre, sí...

LEAND. ¿Y cómo lo va á estrenar otra?

SINF. ¡Quiá, hombre, quiá!

LEAND. ¿Y quién es esa otra?

SINF. Rosalía, la cocinera... Mire usted como iba á estar en el fogón con aderezo... Nada, ligerezas de esta chica... Y luego querrá usted que el padre no se incomode... No, Joaquín, no... (Sujetándole.) nada de violencias...

JOAQUIN. Pero si yo ..

SINF. Ya lo sé, conozco tu génio, y...

LEAND. (Á Concha.) Hágame usted el favor. (Le da el aderezo.)

SINF. (¿En qué va á parar esto?)

LEAND. (Leyendo una tarjeta.) Antonia Agramonte... ¿Y quién le ha dicho á esta señora que va á ser madrina de boda de Pilar?

SINF. Yo... Es decir, se ofreció ella, porque quiere mucho á Pilar y porque usted le es muy simpático.

LEAND. ¡Qué! ¿Me conoce?

SINF. No, señor; pero sabe que es usted de caballería.

LEAND. ¿Y qué?

SINF. Y como ella, tiene un potrero en Cuba... naturalmente...

LEAND. Pues no puedo aceptar el favor que me dispensa: la madrina de mi boda será mi madre.

SINF. Pues se le dice así á esa señora y asunto concluído.

LEAND. Es que tampoco puedo recibir este regalo que á título de madrina manda á mi novia

SINF. Pues se le devolvemos y en paz... traiga usted.

LEAND. No; se le devolveré yo...

SINF. ¿Usted?

LEAND. Precisamente están aquí las señas de su casa.

SINF. (¡Virgen Santísima!) Sí, pero se mudó ayer.

LEAND. ¿Á dónde?

SINF. No lo sé todavía: ella vacilaba entre Carabanchel y... Chamberí.

LEAND. Me lo dirá el portero...

SINF. Es mudo.

LEAND. ¿Sí?

SINF. Sí, señor; el único ejemplar de la villa; así que aquella casa siempre está alquilada. Pero ¿á qué se va usted á molestar? ¿No es mejor que yo?...

LEAND. No, señor; quiero que esa señora no vea en la devolución de su regalo un desaire mío, y que se entere de que ha cometido usted una ligereza... porque usted es muy ligero...

SINF. (Y tú eres muy pesado.)

LEAND. Hasta mañana. (Vase.)

ESCENA V.

CONCHA, ROSALÍA, SINFOROSO y JOAQUÍN.

SINF. Lo va á echar todo á rodar.

JOAQUIN. ¿No le decía yo á usted que no podían salir bien tantos enredos?

SINF. ¿Quieres callarte, lechuza?

ROSALIA. Oye, papá, oye el epitalamio que acabo de escribir.

SINF. ¡Sí; para versitos estoy yo ahora!

CONCHA. Tu madrina te ha mandado un aderezo precioso.

ROSALIA. ¿Sí? ¿Dónde está?

CONCHA. Se le ha llevado Leandro creyendo que era para Pilar.

ROSALIA. ¡Ah! Pues me la tiene que devolver.

SINF. Si no vale nada, tonta.

CONCHA. ¿Cómo que no? Un aderezo de perlas y brillantes.

ROSALIA. ¡Dios mío!

SINF. Falsos, todos falsos.

CONCHA. Pues á mí me parecieron buenos.

SINF. Naturalmente, si las monedas falsas no parecieran buenas, no tendría objeto la falsificación, porque no las tomaría nadie.

JOAQUIN. Es verdad.

ROSALIA. ¿Y qué le digo á mi madrina si me pregunta por el aderezo?

SINF. Pues que es muy bonito, y que muchas gracias...

ROSALIA. ¿Y si quiere que le lleve á la ceremonia?

SINF. Le dices que le llevas.

ROSALIA. No me le verá.

SINF. Bueno, le dices que le llevas en el bolsillo porque no te gusta la ostentación.

ROSALIA. Pero papá...

SINF. ¡Se acabó! Basta de objeciones y cada cual á su puesto. Tú, al almacen: tú, (Á Concha)á tu cuarto.

JOAQUIN. Pues hasta luego. (Vase.)

SINF. Anda, hija mía, déjame sólo con tu hermana que se va á casar dentro de una hora, y á quien como padre digo, no, como madre—porque esto es cosa de las madres,—tengo que dar los últimos consejos.

CONCHA. Bien, bien.

ESCENA VI.

ROSALÍA y SINFOROSO después CASIMIRO.

SINF. Rosalía, te vas á casar.

ROSALIA. Sí, señor; ya lo sé.

SINF. Y en estos solemnes momentos, mi deber de padre me obliga á decirte... me obliga á decirte algo... eso es, me obliga á decirte algo... sólo que no sé qué decirte.

ROSALIA. Entonces...

SINF. No me interrumpas.

CASIM. ¿Se puede?

SINF. ¡Ah! Casimirito .. adelante... pero ¿qué es esto? ¿Viene usted sólo?

CASIM. Sí, señor, solo.

SINF. ¿Y la mamá?

CASIM. Se ha ído á buscar á la madrina para venir con ella.

SINF. (¡Diablo! Solo falta que encuentre Leandro á las dos juntas.)

CASIM. Pero yo tenía muchos deseos de ver á Rosalia y me he adelantado.

ROSALIA. Gracias, Casimiro.

SINF. ¿Y no se ha perdido usted por esas calles? Porque puede que sea la primera vez que sale solo de casa.

CASIM. Sí, señor, pero he venido en coche.

SINF. ¡Bien hecho! (si no, tal vez le hubieran apedreado los chicos.)

CASIM. Mamá me dijo: anda, ve delante para que vean cómo vas vestido.

ROSALIA. Muy bien.

SINF. Perfectamente. (Parece un saltamontes.)

CASIM. Y no crean ustedes, todo es nuevo, nuevecito...

SINF. ¡Hombre! Pues el frac no lo parece.

CASIM. Pues lo es: me le acaba de hacer mamá.

SINF. ¿Su mamá?

CASIM. Sí, señor; de una levita vieja; la cortó los faldones y...

SINF. Ya decía yo: la levita era vieja.

CASIM. Pero el frac es nuevo: la primera postura.

SINF. Claro... y todavía tiene otra primera.

CASIM. No, señor.

SINF. Sí, señor: cuando le haga usted chaleco.

CASIM. Es verdad.

ROSALIA. ¿Pero qué tienes?

SINF. ¿Se ha vuelto usted á coger el dedo con la portezuela del coche?

CASIM. No, señor.

SINF. Pues ¿qué le pasa?

CASIM. Que me hace un poco daño este botito, el del pie derecho.

SINF. Eso no vale nada; dé usted un golpe fuerte en el suelo, y...

CASIM. ¡Quiá! ¡Dios me libre!

SINF. Sí, hombre, sí: verá usted como se hace el pie al calzado.

CASIM. Pero si en cuanto doy un paso veo las estrellas.

SINF. No importa: vamos, un golpe... así...

CASIM. Ya que usted se empeña... (Le da.) ¡Ay!

SINF. ¿Se ha hecho el pie?

CASIM. No, señor! se ha deshecho.

SINF. Pero, hombre, está de Dios que ha de sufrir usted de las extremidades: ahora el pie: hace ocho días la mano: ya no le falta más que un grano en la naríz.

CASIM. Tuve dos el mes pasado..

SINF. Pues entonces no le falta á usted nada.

ROSALIA. ¡Pobrecito!

SINF. No, por el dolor de ahora no debe usted apurarse: le es hasta conveniente.

CASIM. ¿Conveniente?

SINF. Sí, señor; porque un hombre que se va á casar debe saber dónde le aprieta el zapato.

CASIM. ¡Pues vaya si yo lo sé!

ROSALIA. ¿Te parece que debo leer á Casimiro el epitalamio que he escrito?

SINF. No, no; hasta después que esteis casados, no. (Tonto y todo, sería capaz de volverse atrás.)

CASIM. Sí, don Sinforoso; deje usted que le lea.

ROSALIA. Ya ves que él le quiere oir.

SINF. Pues, anda hija, y con su pan se lo coma.

ESCENA VII.

DICHOS, BÁRBARA y ANTONIA.

BARB. (Dentro.) ¿Ha venido el niño?

SINF. (¡Cielos! ¡Doña Bárbara! Si ha visto á Leandro me acogota.)

BARB. ¡Cómo! ¿Todavía están ustedes sin vestir?

SINF. (No le ha visto, no le ha visto.) Es temprano.

ANT. No, señor; van á dar las diez.

SINF. (¡Está hermosísima!)

BARB. (Separando á Casimiro de Rosalía.) Ea, no la distraigas... Déjala que se vaya á arreglar enseguida.

CASIM. ¡Ay! ¡Ay!

ANT. ¿Se ha lastimado?

BARB. No, señora; es que éste cuando está al lado de Rosalía parece embobado.

SINF. (Y cuando no lo está también.)

BARB. Ya sé yo de qué pie cojea.

SINF. Y todos lo sabemos; no hay más que verle; del derecho...

CASIM. Pero es porque me aprieta el botito.

BARB. ¡Silencio!

SINF. (Cuanto más la miro más me parece doña Bárbara una cotorra.)

BARB. Con que ea, Rosalía, don Sinforoso, á vestirse.

ROSALIA. Ahora mismo.

CASIM. Déjame los versos para que los lea entretanto. (Vase Rosalía.)

SINF. Yo me arreglo en dos minutos.

ANT. (Á Casimiro.) Pero, hijo, no ponga esa cara de angustia.

CASIM. Es que estoy sudando tinta.

ANT. ¡Jesús! ¡Qué porquería!

BARB. No le haga usted caso, señora.

SINF. ¿Quiere usted librarse de un rato de martirio?

CASIM. ¿No he de querer!

SINF. Pues venga usted y se pondrá mis zapatillas hasta el momento de ir á la iglesia.

CASIM. Una, una sola.

BARB. Y vas á estar bonito con zapatillas y fraque.

ANT. Déjele: (más raro que ahora no estará.)

SINF. Hasta luego... (Marca la salida y retrocede, procurando que Casimiro no le vea y se acerca á doña Bárbara que habrá cambiado de sitio con Antonia.) Adios, remonísima.

BARB. ¿Eh?

SINF. No, nada, nada... (Se va corriendo.)

ESCENA VIII.

BÁRBARA, ANTONIA y VENTURA.

BARB. ¿Ha oído usted?

ANT. Sí, señora.

BARB. ¡Lo que es el vestir bien! Ya he enamorado á don Sinforoso.

VENT. (¡Caramba! Dos señoras) Á los piés de ustedes.

ANT. Beso su mano.

BARB. Bien venido.

VENT. (¿Dónde estará don Sinforoso?)

ANT. (Á Bárbara.) ¿Quién es?

BARB. No le conozco.

ANT. Parece que está embarazado.

BARB. Señora, no diga usted desatinos.

ANT. ¿Por qué? ¡Ah! He querido decir que está cortado, tímido.

BARB. Eso es otra cosa.

VENT. (Y parecen como de casa.)

BARB. Puede que sea un convidado.

ANT. De fijo.

VENT. Si ustedes me hicieran el obsequio de... de... No quisiera molestar...

CONCHA. (Asomando por la primera puerta de la izquisrda.) ¡Dios mio! ¡Ventura!

VENT. De decirme si está don Sinforoso.

BARB. Sí, señor, está.

ANT. Al momento sale.

VENT. Muchísimas gracias. (Pausa.)

BARB. Á usted le traerá por aquí la boda.

VENT. Si, señora... justamente... pero que, ¿usted sabe?...

BARB. ¡Qué pregunta! ¡Pues estaría bueno que no lo supiera yo!

VENT. ¡Ah! Perdone usted... (¿Quién será esta señora?) Creí que don Sinforoso no habría empezado todavía á dar parte.

BARB. ¿Y á cuándo había de esperar?

VENT. Á que se señalase el día de la boda.

BARB. Pero hombre, si el día de la boda es hoy.

VENT. ¿Hoy? (Se echa á reir.) ¡Quiá! No, señora...

BARB. Pero, ¿á quién se lo viene usted á contar?

VENT. Pues á ustedes...

ANT. Tiene gracia.

VENT. Porque eso lo sé yo mejor que nadie...

BARB. ¿Usted?

VENT. Claro: como que soy... (Concha le hace señas de que calle.) ¡Ah! (Cuando se dirige hacia ella cierra el cortinón: Bárbara y Antonia se levantan asustadas.)

ANT. ¿Qué es eso?

BARB. ¿Qué va usted á hacer?

VENT. No, nada, nada, no se asusten ustedes...

BARB. No, yo no me asusto...

VENT. Es que... es que... (Pero, ¿qué pasa aquí?)

ANT. Si estará loco.

BARB. Pues conmigo no le vale. Yo no temo á los locos... ni á los cuerdos.

VENT. ¡Caramba!... No quisiera molestar...

BARB. Con que, ¿quién es usted?

VENT. Pues yo soy... (Señas de Concha.) Yo soy... yo soy...

BARB. ¿Quién?

VENT. Ventura... yo soy Ventura...

BARB. Pues, hijo, cualquiera le tomaría á usted por desgracia.

VENT. Sí, señora; es verdad...

BARB. ¿Y á qué viene usted aquí?

VENT. Porque tengo pedida á don Sinforoso... (Señas de Concha.)

BARB. ¿Qué?

VENT. Nada, nada; no le tengo pedido nada.

ANT. Cualquiera le entiende...

BARB. ¿Pero usted no sabía que se casaba la hija de don Sinforoso?

VENT. Sí, señora; ¡no lo había de saber! Ya les he dicho á ustedes que soy... (Señas de Concha.) Que soy...

BARB. Sí, Ventura; pero eso no explica nada...

VENT. Es que además de Ventura, soy...

BARB. Muy pesado.

VENT. Si, señora, y además... ¿Ustedes no han oído hablar de Concha?

BARB. ¿Del general Concha? Sí, señor, muchísimo: murió frente á Estella...

VENT. No, no hablo de ese... sino...

CONCHA. (Saliendo.) ¡Doña Bárbara!

BARB. ¿Qué hay?

CONCHA. ¿Es usted?

BARB. ¿No lo está usted viendo?

VENT. (Tiene razón, porque á primera vista se le conoce que es Bárbara.)

CONCHA. Rosalía la espera á usted para hacerle una consulta.

BARB. Será sobre el traje; me ha visto y comprende que tengo buen gusto.

ANT. ¡Sin duda!...

BARB. Hasta luego... Á ver si usted logra entenderse con ese pavisoso.

VENT. ¡Señora!

ESCENA IX.

ANTONIA, CONCHA y VENTURA.

CONCHA. ¡Gracias á Dios!

VENT. Pero, ¿me quieres explicar?

CONCHA. Nada, nada... Vete ahora mismo ó renuncia para siempre á mi amor.

ANT. ¡Ah! Son novios.

VENT. ¿Cómo no estás en Aranjuez?

CONCHA. Porque estoy aquí.

ANT. La respuesta no puede ser más convincente...

VENT. Ayer fuí á verte, y...
CONCHA. Y no me viste, ya lo sé; pero vete...
VENT. ¿Oye usted, señora?
ANT. No me queda más remedio: hablan tan alto.
VENT. ¿Y se trata de este modo á un hombre?
ANT. ¿No lo está viendo?
CONCHA. Toma el sombrero.
VENT. ¿Sí? ¿Me das el sombrero? pues... me voy.
CONCHA. No deseo otra cosa.
VENT. Y no volveré más.
CONCHA. No, eso no, Ventura.
VENT. Sí, sí, eso sí... (Vase.)

ESCENA X.

ANTONIA y CONCHA.

CONCHA. (Llorando amargamente.) ¡Vírgen Santísima! Dice que no va á volver...
ANT. Pero hija, si lo siente tanto, ¿por qué le ha echado?
CONCHA. Porque no he tenido más remedio...
ANT. No me lo explico...
CONCHA. Para que no le encontraran aquí..
ANT. ¿Por qué?
CONCHA. Porque doña Bárbara cree que Rosalía es hija sola...
ANT. ¡Toma! La verdad.
CONCHA. No, señora; yo también soy hija de mi padre.
ANT. Claro; y yo y todo el mundo es hijo de su padre...
CONCHA. No es eso.
ANT. Sí, hija, sí; ¡no lo ha de ser!
CONCHA. Es que... á usted no importa que se lo diga; pero, por Dios, no se lo cuente usted ni á doña Bárbara ni á Casimiro...
ANT. Pierda cuidado...
CONCHA. Yo soy hija de don Sinforoso...
ANT. ¿Qué dice?
CONCHA. Lo que usted oye.

ANT. Pero ¿desde cuándo?

CONCHA. Señora, desde que nací.

ANT. Sí, es verdad, usted dispense, no sé lo que me digo...

CONCHA. ¿Por lo visto, también usted creía que mi padre tenía una hija sola?

ANT. Sí, estaba en esa idea.

CONCHA. Pues á usted no sé qué interés tendría en engañarla...

ANT. Yo sí lo sé.

CONCHA. ¿Cuál?

ANT. No, ninguno, ninguno, ni me ha engañado tampoco, sino que soy muy distraída y... ¿Y usted cómo se llama?

CONCHA. Concha, para servir á usted... Pero, ¡Dios mío! no volverá Ventura...

ANT. No se aflija...

CONCHA. ¡Ah! ¡Papá!... Me voy... No le diga usted que he estado aquí...

ANT. No, no se lo diré. (¡Engañarme dos veces!)

ESCENA XI.

ANTONIA y SINFOROSO.

SINF. Por mí, cuando ustedes quieran... ¡Ah! ¿Está usted sola? ¡Cuánto me alegro!

ANT. No se acerque á mí.

SINF. ¿Por qué, amada mía? (¡Cielos, si habrá visto á Leandro!)

ANT. Porque todo ha concluído entre nosotros.

SINF. ¡Ñica!

ANT. Me dijo que tenía una hija...

SINF. (No cabe duda.) Sí, señora.

ANT. Y no es verdad.

SINF. Sí, señora, lo es.

ANT. Tiene dos.

SINF. Luego tengo una... El que tiene lo más tiene lo menos.

ANT. ¿Eh?

SINF. ¿Qué son dos hijas? Pues una... y otra.

ANT. De modo que confiesa...

SINF. Contra mi voluntad: crea usted que si me quedara otro camino no confesaría...

ANT. ¡Y lo dice!

SINF. ¡Qué remedio! ¡Habrá usted hablado con mi futuro yerno!...

ANT. Sí. señor...

SINF. ¿Ha vuelto aquí?

ANT. Sí, señor.

SINF. Y luego dicen que los coches atropellan á la gente en las calles... ¡Mentira!... Pues nada, se empeñó en devolverle á usted el regalo y hasta que lo ha conseguido...

ANT. ¿Qué regalo? Á mí no me ha devuelto nada...

SINF. ¿No? Pues se le ha guardado el muy tunante... Y eso si que no se lo tolero.

ANT. Déjese de tonterías.

SINF. ¿Cómo? (Llama tontería á una alhaja que vale lo menos mil pesetas.)

ANT. Dos palabras y concluyamos.

SINF. ¡Concluir! ¡Imposible!

ANT. ¿Por qué?

SINF. Porque. . ¿Cómo vamos á concluir usted y yo si no hemos empezado todavía?

ANT. Oiga y calle... Le perdoné el primer engaño; el segunde no se le puedo perdonar.

SINF. Ñica, tenga usted presente que el primero y el segundo han sido hijos del amor que la profeso.

ANT. Sí, después vendría el tercero, y diría lo mismo.

SINF. No, señora; no hay más que primero y segundo: no hay tercero ni entresuelo, ni nada.

ANT. Don Sinforoso, adios para siempre.

SINF. Ñica, un minuto, nada más que un minuto.

ANT. ¡Sea!

SINF. (Solemne.)Voy á hablar de la mar... Recuerde usted aquel día... Era usted juguete de las embravecidas

olas que iban y venían y subían y bajaban y volvían á ir y á venir y á subir y á bajar...

ANT. Sí, sí.

SINF. Pues bien; ¿qué hice yo entonces?

ANT. No necesita decirlo.

SINF. Es verdad. (Ni lo diría aunque lo necesitase.) Pero recapacite usted... Estando solo en el mundo, ¿qué mérito tendría el haber expuesto mi vida por salvar la preciosa de usted? Ninguno... ¿Me ahogaba? Corriente... Muerto el perro se acabó la rabia... Y en este caso el perro era yo... un perro de aguas...

ANT. Sí, es verdad.

SINF. (Ya la he enternecido.) Pero me expuse aquel día á dejar una hija sin padre... digo, no... á dejar dos padres sin hijas... no, tampoco...

ANT. Ya le comprendo.

SINF. Bueno; pues ese debía ser mi mayor mérito á los ojos de usted.

ANT. Sí, tiene razón.

SINF. (Ya es mía.)

ANT. Le perdono esa segunda hija como le perdoné la primera...

SINF. Gracias, Ñica... Además que, ya usted lo sabe: la caso también muy pronto: dentro de ocho días; digo, no, dentro de quince... dentro de ocho días es la otra... es la otra...

ANT. ¿Cómo la otra?

SINF. (¡Vírgen santísima!) La otra, sí, la otra ceremonia... el tomarse los dichos.

ANT. ¡Ah! creí que se refería usted á otra hija...

SINF. Ñica, por Dios; usted me ofende... ¿cómo ha de tener tres hijas un hombre que se estime?

ESCENA XII.

DICHOS y PILAR.

PILAR. ¿Se puede?

SINF. ¡Ah! Pilar... Adelante, llegas con mucha oportunidad.

PILAR. Lo celebro.

SINF. Precisamente estaba hablando de tí con esta señora...

ANT. (¿Conmigo?)

SINF. Á quien te voy á presentar... Doña Antonia Agramonte...

PILAR. Muy señora mía.

ANT. (Pero ¿qué es esto?)

SINF. Á usted no necesito decirla nada...

ANT. Sí, sí ¡ya lo creo! es necesario que me diga quién es esta señorita...

SINF. ¡Ah! Es verdad, que no la conoce usted personalmente.

ANT. No, señor.

SINF. Mi hija Pilar...

ANT. ¡Cómo! ¿Otra hija?

SINF. ¿Otra? No, señora, no; la misma.

ANT. Pero si á la que yo ví antes no fué á ésta...

SINF. Pues ¿á quién?

ANT. Á Concha.

PILAR. Mi hermana.

SINF. ¡Se cayó la casa á cuestas! Pero ¿por qué no me lo advirtió usted?

ANT. ¿De modo que resulta que tiene usted tres hijas?...

SINF. No, no; verá usted...

ANT. Es decir, tres declaradas... porque á saber las que irán saliendo en adelante...

SINF. No, ya no salen más: le juro á usted que esta es la última y definitiva.

ANT. Es la tercera vez que me lo dice.

SINF. Justo; y á la tercera es la vencida...

ANT. Don Sinforoso, yo no puedo pagar una deuda de gratitud haciendo mi desgracia...

SINF. Pero Ñica, por Dios...

ANT. Ya comprenderá que no estoy enamorada de su figura...

SINF. ¿Por qué no?

ANT. Porque es usted muy feo...

SINF. Hombre, tanto como feo...

ANT. Sí, señor... Y su informalidad y sus repetidos embustes me autorizan para recojer la palabra que le he dado...

SINF. Usted se creerá autorizada para recojerla, pero yo no se la devuelvo á usted...

ANT. Es lo mismo... (Hace que se va.)

SINF. (Deteniéndola) ¡Un instante! Acuérdese usted del agua que tragué aquel día, menos amarga que lo que usted me acaba de decir...

ANT. ¿Va á volver con la misma historia de siempre?

SINF. Naturalmente... ¡cómo que no se otra!

ANT. Pues ya es inútil... Hasta nunca. (Se va.)

SINF. ¡Ñica! ¡Ñica!... Nada, no me hace caso... ¡Adios mis ilusiones!

PILAR. Pero ¿que te pasa?... ¿Quién es esa señora?

SINF. ¿Esa? Pues... la madrina de boda de tu hermana...

PILAR. ¿Y por qué se ha incomodado? ¿qué importa á ella que tengas dos hijas ó tres?

SINF. Nada... solo que es muy susceptible. Pero ahora me acuerdo que nos están esperando el cura y el monaguillo... Sí, son cerca de las once... Nada, que yo os case á los tres y... ¿quién sabe si todavía puede arreglarse todo?

PILAR. ¿Cuál?

SINF. ¡Todo! (Diga lo que quiera Ñica, me ama ¡vaya si me ama!)

ESCENA XIII.

PILAR, SINFOROSO y LEANDRO.

LEAND. Ya estoy de vuelta, don Sinforoso.

SINF. (¡Otra complicación!)

LEAND. ¡Cómo! ¡Pilar!... ¿Qué es esto?

SINF. ¿Esto? Pues Pilar... usted mismo lo acaba de decir...

LEAND. Pero ¿no me dijo usted que estaba en Aranjuez?

SINF. Sí, señor.

LEAND. ¿Y cómo ha venido?

SINF. ¡Vaya una pregunta! En el ferrocarril...

PILAR. Acabo de llegar ahora...

SINF. Precisamente: acaba de llegar en este instante... ¡Pobrecita! Dice que no ha podido pasar veinticuatro horas más sin verle á usted...

PILAR. ¡Papá!

SINF. La verdad, hija, la verdad...

LEAND. Me ama mucho...

SINF. ¡Uf!... (¡Si llega á salir doña Bárbara!)

LEAND. Pero ¿cómo no ha contestado usted á mis cartas?

SINF. No ha recibido ninguna...

PILAR. No, ninguna... (Y esto si que es cierto.) ¿Me las enviado usted por el correo interior?

LEAND. ¿Por el correo interior á Aranjuez?

SINF. Sí, hombre, sí; por el correo interior... de la Península.

LEAND. No hay otro...

SINF. Pues por eso... Pero ¿á qué no sabe usted donde íbamos á ir ahora mismo?

LEAND. No, señor...

SINF. ¡Ay, no lo sabe! Pues á hacer una visita á su mamá de usted... Para eso me he puesto el frac.

LEAND. Mil gracias... Les acompañaré á ustedes...

SINF. ¡No! ¡No!

LEAND. ¿Por qué?

SINF. Usted debe ir delante á prevenirla... podría sorpren-

derla vernos, y ya sabe usted lo que perjudica una emoción á las personas de cierta edad.

LEAND. Tiene usted razón: voy enseguida...

SINF. (Ya me espanté esta mosca.)

LEAND. ¡Ah! No he podido ver á la señora del regalo...

SINF. Bueno, es lo mismo: ya hablaremos de eso...

LEAND. Con que...

ESCENA XIV.

DICHOS, BÁRBARA, ROSALÍA y CONCHA.

BARB. Por nosotras, andando...

SINF. (¡Santísimo Cristo!)

BARB. ¡Ah! ¿Está usted aquí?

LEAND. Así parece.

BARB. ¿Ha venido usted á presenciar su derrota?

LEAND. ¿Qué derrota?

SINF. Dejémonos de conversación, que es tarde, doña Bárbara...

BARB. (Á Leandro, por Rosalía.) Mire usted...

LEAND. Ya la veo: muy grapa; pero me parece demasiado elegante para su posición.

BARB. Eso no le importa á usted: es cuenta nuestra; lo que á usted le importa es esto otro: se casa hoy con mi hijo...

LEAND. ¡Tiene gracia! (Se echa á reir.)

BARB. ¿Sí?

LEAND. Vino pidiendo la mano de su hija de usted...

BARB. Justamente.

LEAND. Y acaba por casarse con la cocinera...

BARB. ¿Cómo la cocinera?

SINF. Bromas, bromas de éste.

LEAND. Pues yo me casaré dentro de ocho días: mire usted á mi novia...

BARB. ¡Ah! ¿Se ha conformado usted con la modista?

LEAND. ¡La modista!... ¡Si la modista es esta! (Por Concha.)

SINF. Doña Bárbara, Leandro, dejémonos de discusiones inútiles: usted sabe lo que tenemos que hacer; usted también lo sabe...

BARB. Es que parece que ese hombre está loco...

SINF. Y lo está, señora... Pues por eso... (Á Leandro.) ¡Hombre de Dios! ¿no ha conocido usted que está tocada?

LEAND. ¡Ah!... Pero, ¿y la boda de su hijo?

SINF. No hay semejante boda...

BARB. ¿Y la madrina? ¿Dónde está la madrina?

SINF. En la iglesia, nos espera en la iglesia. (Hay que llevarla el vaya; pero la daré esquinazo enseguida.)

BARB. Pues andando...

SINF. Corriente. (Adelántese usted, hombre, adelántese usted.)

ESCENA XV.

DICHOS y VENTURA.

VENT. Con permiso...

SINF. (¡Adios! El rata tercero.)

VENT. (¡Cuánta gente!) Don Sinforoso, crea usted que yo no hubiera vuelto... porque no quiero molestar....

SINF. Pues no sabe usted lo que se lo hubiera agradecido...

VENT. Muchas gracias... Pero cambié el sombrero...

SINF. ¿Que le cambió usted?... ¿Y cómo? ¿En sombreros menudos?

VENT. No, señor; por otro...

SINF. ¡Ah! Bueno; pues descámbiele usted enseguida y déjenos en paz.

VENT. Ahora mismo. No quiero molestar... Pero lo que hace usted ahora conmigo y lo que Concha hizo antes, está muy mal hecho, si señor, muy mal hecho... (Enternecido.)

LEAND. ¡Ah! ¿Pero es usted el novio de esta joven?

VENT. Sí, señor.

BARB. ¡Gracias á Dios que se ha acabado de explicar!

LEAND. ¿El abogadillo majadero?

VENT. ¿Cómo majadero?

LEAND. Pues váyase usted pronto, porque no sabe usted cómo está el padre de esta chica: si le ve á usted le desloma...

VENT. ¿Á mí?

LEAND. Sí, señor; á usted, á usted .. ¿No es verdad, don Sinforoso?

SINF. No sé nada, yo no sé nada...

VENT. Pues ya me está viendo y no me ha deslomado... no, ni hace falta tampoco...

LEAND. ¿Cómo que le está viendo á usted?

SINF. Ya no hay salvación.)

VENT. Naturalmente... (Concha le hace señas para que calle.) No, ya no callo más... El padre de Concha es don Sinforoso. (Bárbara y Marcial se echan á reir.) ¡Qué gracia les hace!

BARB. ¡Inocente! Don Sinforoso no tiene más que una hija...

VENT. Ya lo sé.

BARB. Y es ésta... (Rosalía.)

LEAND. No haga usted caso de esa señora que está chiflada...

BARB. ¿Cómo chiflada? El que está chiflado es él.

LEAND. La hija de don Sinforoso es ésta. (Pilar.)

VENT. Pues los dos están ustedes equivocados; porque la hija de don Sinforoso es Concha.

BARB. Pero, ¿oye usted esto? ¿Qué dice usted?

SINF. Pues que los tres tienen ustedes razón en parte.

LEAND. ¿Cómo en parte?

SINF. (Me descuartizan.)

BARB. ¿Cuál es la hija de usted?

SINF. Ésta. (Por Rosalía.)

VENT. ¿Eh?

SINF. Y esa.

LEAND. ¿Cómo?

SINF. Y aquélla...

BARB. ¡Tiene tres hijas!

SINF. Sí, sí señora: ustedes dispensen; pero no lo he podido remediar...

BARB. ¡Casimiro!... Á mí no se me engaña... ¡Casimiro!... No hay nada de lo dicho.

SINF. Pero señora, que está esperándonos el cura...

BARB. Que espere sentado... ¡Casimiro!... ¡Burlarme á mí! Hombre, si no estuviera usted en su casa no lo contaba.

SINF. Lo creo.

ESCENA XVI.

DICHOS y CASIMIRO.

CASIM. (Con una zapatilla en el pie derecho: el botito en una mano y el epitalamio en la otra.) ¿Vamos ya á la iglesia?

BARB. No; á la calle.

CASIM. (Á Rosalía) Ya me he aprendido el epitalamio de memoria...

BARB. Basta de conversación...

CASIM. Pero...

BARB. Andando. (Le lleva violentamente.)

ROSALIA. ¡Se marcha!

SINF. Ya lo veo... ¡y se lleva una de mis zapatillas!

LEAND. Yo tampoco puedo tolerar una ofensa de esta clase.

VENT. Ni yo.

LEAND. Y me marcho.

VENT. Y yo...

CONCHA. ¡Papá!

PILAR. ¡Papá!

ROSALIA. Siento una opresión en el corazón...

SINF. ¡Y todavía hace versos! No hay que apurarse: vuestros novios os aman y volverán; la que no volverá es Ñica, que no me amaba... Esto os enseñará á no exponer vuestra vida para salvar la de nadie...

ROSALIA. ¡Ah! ¿De modo que tú?...

SINF. No, no la expuse afortunadamente; pero si la hubiera expuesto, ya veis el pago que me daba...

(Al público.)

Aún me podeis consolar:
tres aplausos por favor,
y al que lo quiera negar
le podré yo contestar:
TRES ERAN TRES... sí, señor.

FIN.

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimara	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacios	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1|2 M.
El golpe de gracia	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1|2 M.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Palacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepín	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1|2 L.
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y M
Quedarse in albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyngales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Tormo y M. Nieto	L. y M
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1|2 M.
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss,	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestrros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

3 0112 115878826

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.